

60° aniversario de vida consagrada

El 13 de abril de 1948 un joven español, José Luis Torres-Pardo, 'Pepe' (como lo llamaban sus seres queridos), dejaba el mundo para ingresar a un Instituto de vida consagrada.

Entonces tenía 19 años, hoy está ya cercano a los 80; sin embargo se siente cada vez más joven, porque cada día vive más abismado en el Ser eternamente joven: nuestro Dios-Trinidad.

El mismo día que se cumplían 60 años de tan magno acontecimiento se reunieron en la Casa Madre del Instituto 'Cristo Rey' las legionarias y legionarios para la solemne concelebración de la Eucaristía, presidida por el mismo homenajado, quien también predicó una hermosa homilía, toda impreg-

nada de espíritu de agradecimiento, anonadamiento y amor hacia el Señor que le concedió la gracia de la perseverancia.

Y una perseverancia muy particular, ya que no se trató de un mero pasar de años 'sin pena ni gloria', sino de toda una vida entregada por entero y sin reservas, incondicionalmente, al servicio del 'Rey eterno y Señor universal'. En expresión de san Ignacio, 'de bien en mejor subiendo'.

Y una perseverancia extraordinaria, porque tuvo que pasar por situaciones muy difíciles, en las cuales vio caer a muchos que habían compartido con él gran parte del camino. Sin embargo él, por la gracia de Dios y su fidelidad, pudo mantenerse firme, atravesando, como el pueblo judío en el Exodo, 'por el medio de las aguas'...

Después de la Santa Misa pasaron todos al «Cenáculo» para ver las obras de colocación del cielorraso, trabajo realizado gracias a la generosidad de un bienhechor de Rosario que donó el material y la mano de obra.



Y de allí fueron a la casa de retiros «María Reina», donde las legionarias sirvieron refrigerio.

En esa cálida reunión con los hijos e hijas de la Obra, la Sra. Irma de Bianchi, presidenta de la Legión Femenina en Rosario, dirigió un agradecimiento en nombre de todos los laicos; luego el R.P. Carlos González CR leyó parte del nº 39 de «El Camino» (boletín informativo del Instituto), en el cual el R.P. Daniel Almada CR escribió un artículo alusivo al acontecimiento que nos convocaba.

Terminada la lectura del artículo, en un hermoso clima familiar, los miembros de la Obra hicieron preguntas al Padre, ocasión maravillosa para la evocación de tantos y tantos recuerdos hermosos...

Una primera pregunta versó sobre la relación de los votos religiosos y la Realeza de Cristo: el Padre explicó que Jesús, el Rey, es todo. Y la entrega total que El exige se manifiesta de modo maravilloso en los votos.

Otras preguntas alusivas a los recuerdos que tiene el Padre sobre estos 60 años, y, más concretamente, al día de su ingreso, fueron oca-

sión para que el Padre recordase a sus queridos padres y hermana: lo doloroso que fue para ellos la separación, pero cómo el Señor recompensa con creces todos los sacrificios.

Finalmente, le preguntaron sobre los recuerdos de su larga vida religiosa. Aprovechó entonces el Padre para agradecer la formación recibida en su anterior Congregación; formación fuerte, sólida, para muchos 'dura', pero que no era sino un modo hermoso de vivir la radicalidad del Evangelio.

Fue una jornada maravillosa. Por todo lo cual damos infinitas gracias a Dios y a la Santísima Virgen por este 'hombre de Dios' que tanto bien ha hecho en la Santa Madre Iglesia, y, al mismo tiempo, le pedimos que nos lo conserve por muchos años más.

LOS EDITORES



Bodas de plata sacerdotales

del R.P. Daniel Tomás Almada CR

«Lucharán contra el Cordero, pero el Cordero los derrotará porque es Señor de señores y Rey de reyes, y los que El ha llamado son elegidos y leales». Así expresa el Apocalipsis (17, 14) el triunfo definitivo de Cristo Rey sobre los enemigos de la Iglesia al final de los tiempos.

Victoria que lleva a cabo a través de vasallos escogidos y leales convocados para conquistar el mundo entero y mediante eso salvar las almas. Sin duda uno de estos elegidos ha sido el queridísimo Padre Daniel Tomás Almada, defensor incansable y valiente de la Divina Realidad, proclamándola a tiempo y a des-tiempo, sin disimulo y sin recortes como lo hicieron Cristo, la Verdad Encarnada y los Apóstoles iluminados por el Espíritu Santo.

Han transcurrido 25 años desde aquel 4 de diciembre de 1982 en que el diácono Daniel fue revestido de una dignidad superior a la angélica, trans-

figurado en «alter Christus», recibiendo así una preeminencia inmerecida por todo hombre, pero otorgada con infinito amor por el Padre Eterno.

El mismo día del aniversario lo celebramos en familia con la Santa Misa comunitaria presidida por él mismo.

Al domingo siguiente (9 de diciembre) celebramos este acontecimiento con todos los hijos e hijas de la Obra de Rosario. A la hora prevista, comenzó la Santa Misa. Concelebraron con el P. Daniel, todos los Padres del Instituto presentes. En la homilía, nuestro amado Padre Fundador habló del sentido nupcial del sacerdocio católico.



Durante la celebración en San Luis

Acabada la Sagrada Liturgia compartimos un ágape fraterno en el «Cenáculo». El P. Gustavo, quien conoció el Instituto hace 25 años a través del P. Daniel, dio un hermoso testimonio en el que destacó su profundo celo por la salvación de las almas, fruto de su amor ardiente a Jesús, y su humildad.

A continuación el P. Daniel, después de expresar su inmensa gratitud a Dios por el don inefable del sacerdocio, agradeció de modo particular a tres grandes bienhechores que la divina Providencia puso en su vida:



* A su madre, quien le infundió el amor a la Eucaristía, a la Virgen y a los sacerdotes.

* Al profesor Jordán Bruno Genta, quien, además de transmitirle el amor por la Patria y por la España Católica, fue el puente de contacto con el Rvdo. Padre José Luis Torres-Pardo.

* Y al Padre Fundador, quien le contagió el amor apasionado por la Realeza de Cristo, por la Sma. Virgen y la Santa Madre Iglesia.

Por último recordó tres acontecimientos que marcaron su vida sacerdotal:

* El contacto directo con la Hispanidad después de acariciar los muros del glorioso Alcázar durante su viaje a Toledo, junto a nuestro Padre.

* La visita a la tumba de S. Pedro en Roma.

* Y la celebración de la Eucaristía en la habitación donde murió San Ignacio de Loyola.

Debemos recordar que los padres, ya fallecidos del P. Daniel (su madre, el 10 de noviembre de 1989 y su padre, el 7 de octubre de 2001) fueron, desde los comienzos de la Fundación, generosos y leales bienhechores, desde su pobreza.

El P. Daniel con su hermana Margarita, el día de la celebración en Buenos Aires

Una semana más tarde: el 13 de diciembre, se celebró en Buenos Aires una Santa Misa, en la capilla del colegio «Santa Catherina» con el mismo motivo.

En esta ocasión estuvieron presentes, además de algunos miembros del Instituto, la hermana del P. Daniel,

Margarita Almada, con su esposo e hijos; decenas de ejercitantes, amigos y personas allegadas a la Obra.

Antes de terminar la Sagrada Celebración se dio lectura al texto de la Bendición Apostólica otorgada por el Santo Padre con motivo de tan significativo acontecimiento. He aquí las palabras:

«Su Santidad Benedicto XVI saluda cordialmente al Rvdo. Padre Daniel Tomás Almada C.R. con motivo de cumplir sus Bodas de Plata Sacerdotales, y se une en su acción de gracias al Señor mientras le envía sus cordiales felicitaciones por la fecunda labor realizada durante estos años de su digno ministerio sacerdotal en fiel adhesión a Cristo y a la Iglesia, y pide al Altísimo nuevos favores divinos para que continúe con renovado entusiasmo su acción pastoral. Como confirmación de estos deseos el Santo Padre le imparte la implorada Bendición Apostólica extensiva a sus padres, hermanos de Comunidad, familiares, amigos y participantes en la Misa Jubilar. + Mons. Adriano Bernardini, Nuncio Apostólico. Buenos Aires, 4. XII. 2007»

Recibió también otros importantes saludos y mensajes de felicitación, entre los que destacamos los de: Su Eminencia Rvdma. Card. Jorge Mario Bergoglio, Arzobispo de Buenos Aires; S.E. Mons. José Luis Mollaghan, Arzobispo de Rosario; S.E. Mons. Eduardo María Taussig, Obispo de San Rafael; S.E. Mons. Rinaldo Fidel Brédice, Obispo de Santa Rosa; S.E. Mons. Virginio D. Bressanelli scj, Obispo de Comodoro Rivadavia; S.E. Mons. Alcides Mendoza Castro, Arzobispo emérito de Cusco (Perú), y del Moderador de la Curia Daniel Navarros Correa, en nombre de S.E. Mons. Alfonso Delgado, Arzobispo de San Juan de Cuyo.

No quisiéramos concluir esta crónica, sin recordar aquellas palabras que dirigiera nuestro Padre Fundador a todos los presentes durante la homilía en la primera Misa del P. Daniel, describiendo la fisonomía de su nuevo hijo sacerdote: «Espíritu de infancia, fervor religioso y fidelidad al Instituto y a su Padre Superior» (Cfr. Revista «Cristo Rey» n°28).

El abajo firmante no formaba parte del Instituto «Cristo Rey» por aquellos años pero, juntamente con quienes convivimos de modo permanente con el querido P. Daniel, puedo asegurar que no ha perdido esas tres cualidades admirables, con las que nos edifica a todos día a día y que se traslucen en su caridad y en el buen humor y la alegría de corazón que penetra en los espíritus abatidos, para levantarlos al gozo sobrenatural.

Que la gracia de Dios siga ayudando al queridísimo P. Daniel Almada a cumplir su sublime misión. Que ilumine su corazón para que cada día conozca mejor las necesidades de las almas a él confiadas. Que le conserve siempre la magnífica fuerza espiritual con que ha servido al Instituto y a nuestra humilde Fundación de Cristo, Rey de reyes y Señor de señores.

Ad multos annos!

R.P. DANIEL MARÍA YURAKOSKI CR

¡GRACIAS!

La Casa de retiros «María Reina», después de cuatro años y medio de duros trabajos, ya está terminada, gracias a la generosidad de muchísimas personas e instituciones que han colaborado, con quienes tenemos un inmenso deber de gratitud que nos obliga a ofrecer nuestras oraciones por ellos.



Ahora el proyecto que tiene en mente el Padre Fundador es el de la «Casa noviciado», para el cual ya se están haciendo varios planes.

Esperamos poder contar nuevamente con vuestra colaboración.

¡Nuestro Divino Rey les bendiga abundantísimamente!

APARECIDA

Discurso de S.S. Benedicto XVI, en la sesión inaugural de la V Conferencia general del CELAM

«Esta Conferencia general tiene como tema: 'Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en El tengan vida' (cfr. Juan 14, 6). La Iglesia tiene la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo. Esto conlleva seguirlo, vivir en intimidad con El, imitar su ejemplo y dar testimonio. Todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la misión: 'Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará' (Marcos 16, 15). Pues ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida 'en El' supone estar profundamente enraizados en El.

¿Qué nos da Cristo realmente? ¿Por qué queremos ser discípulos de Cristo? Porque esperamos encontrar en la comunión con El la vida, la verdadera vida digna de este nombre, y por esto queremos darlo a conocer a los demás, comunicarles el don que hemos hallado en El. Pero, ¿es esto así? ¿Estamos realmente convencidos de que Cristo es el camino, la verdad y la vida?

Ante la prioridad de la fe en Cristo y de la vida 'en El', formulada en el título de esta V Conferencia, podría también surgir otra cuestión: esta prioridad, ¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individua-

lismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?

Como primer paso podemos responder a esta pregunta con otra: ¿Qué es esta 'realidad'? ¿Qué es lo real? ¿Son 'realidad' sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de 'realidad' y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas.

La primera afirmación fundamental es, pues, la siguiente: sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano. La verdad de esta tesis resulta evidente ante el fracaso de todos los sistemas que ponen a Dios entre paréntesis.

Pero surge inmediatamente otra pregunta: ¿Quién conoce a Dios? ¿Cómo podemos conocerlo? No podemos entrar aquí en un complejo debate sobre esta cuestión fundamental. Para el cris-

tiano el núcleo de la respuesta es simple: sólo Dios conoce a Dios, sólo su Hijo que es Dios de Dios, Dios verdadero, lo conoce. Y El, 'que está en el seno del Padre, lo ha contado' (Juan 1, 18). De aquí la importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad. Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad.

Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz. Cuando el discípulo llega a la comprensión de este amor de Cristo 'hasta el extremo', no puede dejar de responder a este amor si no es con un amor semejante: 'Te seguiré adondequiera que vayas' (Lucas 9, 57).

Todavía nos podemos hacer otra pregunta: ¿Qué nos da la fe en este Dios? La primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cfr. 2 Corintios 8, 9).

Pero antes de afrontar lo que comporta el realismo de la fe en el Dios hecho hombre, tenemos que profundizar en la pregunta: ¿Cómo conocer realmen-

te a Cristo para poder seguirlo y vivir con El, para encontrar la vida en El y para comunicar esta vida a los demás, a la sociedad y al mundo? Ante todo, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida y en su doctrina por medio de la Palabra de Dios. Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y del Caribe se dispone a emprender, a partir de esta V Conferencia general en Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo de la Palabra de Dios.

Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la Palabra de Dios: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cfr. Juan 6, 63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios. Para ello, animo a los pastores a esforzarse en darla a conocer.

Un gran medio para introducir al pueblo de Dios en el misterio de Cristo es la catequesis. En ella se transmite de forma sencilla y sustancial el mensaje de Cristo. Convendrá por tanto intensificar la catequesis y la formación en la fe, tanto de los niños como de los jóvenes y adultos. La reflexión madura de la fe es luz para el camino de la vida y fuerza para ser testigos de Cristo. Para ello se dispone de instrumentos muy valiosos como son el Catecismo de la Iglesia católica y su versión más breve, el Compendio del Catecismo de la Iglesia católica». (Extracto, 13 de mayo de 2007)



Modelos de vida

Luigi y María Beltrame: Primer matrimonio beatificado

Luigi (1880-1951) y María (1884-1965) Beltrame Quattrocchi, originarios de Roma, fueron un matrimonio feliz.

Contrajeron matrimonio en la basílica romana de Santa María la Mayor el 25 de noviembre de 1905.

María era profesora y escritora de temas de educación, comprometida en varias asociaciones (Acción Católica, Scout, etc.). Luigi fue un brillante abogado que culminó su carrera siendo vice-abogado general del Estado italiano. Estuvieron casados durante cincuenta años y tuvieron cuatro hijos: Filippo (luego padre Tarcisio), nacido en 1906; Stefania (sor María Cecilia), nacida en 1908 y fallecida en 1993; Cesare (luego padre Paolino), nacido en 1909; y Enrichetta, la menor, que nació en 1914. Dos de ellos, Filippo y Cesare, se encontraban entre los sacerdotes que concelebraron en la basílica «San Pedro» la Misa de beatificación con el Papa Juan Pablo II, quien manifestó su alegría porque «por primera vez dos esposos llegan a la meta de la beatificación». La tercera, Enrichetta, se sentaba entre los peregrinos que llenaron



hasta los topes el templo más grande de la cristiandad.

El Papa subrayó que la primera beatificación de un matrimonio llega justo «en el vigésimo aniversario de la exhortación apostólica 'Familiaris Consortio', que puso de manifiesto el papel de la familia, particularmente amenazado en la sociedad actual».

Recién licenciado en Derecho, el joven siciliano tuvo la suerte de descubrir a una muchacha florentina alegre y decidida, que no dudaría en ejercer como enfermera voluntaria en la guerra de Etiopía y en la Segunda Guerra Mundial. Luigi y María eran una familia acomodada y a la vez generosa, que supo acoger en su casa romana a muchos refugiados durante el último gran conflicto y organizar grupos de scouts con muchachos de los barrios pobres de Roma durante la postguerra.

Eran una pareja 'normal', que se apoyaban el uno en el otro para sacar adelante a sus cuatro hijos. Por su cargo de abogado del Estado, Luigi conoció a los grandes

políticos de la postguerra, mientras que María fue profesora y escritora.

La santidad de ambos creció en pareja pues, de hecho, antes de casarse, Luigi Beltrame Quattrocchi no vivía su fe cristiana con especial fervor.

La vocación religiosa prendió, en cambio, muy pronto en sus cuatro hijos, tres de los cuales vivían el día de la ceremonia de beatificación.

Los compromisos espirituales del beato Luis fueron: la Misa diaria con la comunión eucarística, la confesión semanal, la devoción al Sagrado Corazón y la Virgen, con el rezo del Santo Rosario en familia y muchas obras de caridad.

Su esposa María también recibía con frecuencia los sacramentos; ella fue un apóstol incansable de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, infundida en su alma a

fuego por el P. Mateo Crawley, a quien conoció en 1916. En 1920 entró en el Consejo central de la Acción Católica. Tuvo relación con grandes personajes en la vida de la Iglesia, como los padres Agostino Gemelli OFM y Garrigou-Lagrange OP. Afrontó con admirable serenidad la muerte de Luigi el 1º de noviembre de 1951. Murió el 26 de agosto de 1965.

Según su hijo Tarcisio, sacerdote diocesano de 95 años, «nuestra vida familiar era muy normal» mientras que Paolino, padre trapense de 92 años, recuerda «el ambiente ruidoso y alegre de nuestra

casa, sin beaterías o ñoñerías». Enrichetta, que tiene 87 años y se consagró privadamente a Dios, asegura que sus padres no discutieron jamás delante de los hijos. «Es lógico que hayan tenido divergencias, pero nosotros nunca las vimos. Los problemas los resolvían hablando entre ellos».

El heroísmo de la pareja se puso a prueba cuando esperaban a Enrichetta, la última de sus dos hijas, y los médicos diagnosticaron una complicación gravísima que aconsejaba abortar. Uno de los mejores ginecólogos de Roma les dijo que las posibilidades de supervi-

vencia de la madre eran de un 5 por ciento, pero ambos prefirieron arriesgar. Enrichetta agradece a sus padres «aquel acto de heroísmo cristiano».

Los dos nuevos beatos, explicó el Papa durante la homilía de la beatificación, vivieron

«una vida ordinaria de manera extraordinaria». «Entre las alegrías y las preocupaciones de una familia normal, supieron realizar una existencia extraordinariamente rica de espiritualidad. En el centro, la eucaristía diaria, a la que se añadía la devoción filial a la Virgen María, invocada con el Rosario recitado todas las noches, y la referencia a sabios consejos espirituales».

«Estos esposos vivieron a la luz del Evangelio y con gran intensidad humana el amor conyugal y el servicio a la vida -añadió el Santo Padre-. Asumieron con plena responsabilidad la tarea de colaborar con



Dios en la procreación, dedicándose generosamente a los hijos para educarlos, guiarles, orientarles, en el descubrimiento de su designio de amor».

En la historia hay otros casos de santidad de matrimonios reconocidos oficialmente por la Iglesia. Es la primera vez, sin embargo, que la ceremonia de beatificación se realiza de manera conjunta.

Su hijo Cesare Beltrame Quattrocchi, de 92 años, quien al abrazar la vida religiosa asumió el nombre de Paolino, recuerda con sencillez la figura de sus padres. «Si bien nunca había imaginado que un día serían proclamados santos por la Iglesia, puedo afirmar sinceramente que siempre percibí la extraordinaria espiritualidad de mis padres. En casa, siempre se respiró un clima sobrenatural, sereno, alegre, no beato. Independientemente de la cuestión que debíamos afrontar, siempre la resolvían diciendo que había que hacerlo «de tejas para arriba». Entre papá y mamá se dio una especie de carrera en el crecimiento espiritual. Ella comenzó en la parrilla de salida, pues vivía ya una intensa experiencia de fe, mientras que él era ciertamente un buen hombre, recto y honesto, pero no muy practicante. A través de la vida matrimonial, con la decisiva ayuda de su direc-



tor espiritual, también él se echó a correr y ambos alcanzaron elevadas metas de espiritualidad.

Por poner un ejemplo: mamá contaba cómo, cuando comenzaron a participar diariamente en la misa matutina, papá le decía «buenos días» al salir de la iglesia, como si sólo entonces comenzara la jornada.

De las numerosas cartas que se dirigieron, que hemos podido encontrar y ordenar, emerge toda la intensidad de su amor. Por ejemplo, cuando mi padre se iba de viaje a Sicilia, era suficiente que llegara a Nápoles para que enviara un mensaje, en el que contaba a su mujer lo mucho que la echaba de menos. Este amor se transmitía tanto hacia dentro, como hacia fuera, con la acogida de amigos de todo tipo de ideas y ayudando a quien se encontraba en la necesidad. La educación, que nos llevó a tres de nosotros a la consagración, era el pan cotidiano. Todavía tengo una «Imitación de Cristo» que me regaló mi madre cuando tenía diez años. La dedicatoria me sigue produciendo escalofríos: «Acuérdate de que a Cristo se le sigue, si es necesario, hasta la muerte».

Esta causa de beatificación ha sido también especial por otro motivo: la Congregación para las Causas de los Santos aceptó un solo mi-

lagro para los dos Siervos de Dios. Según revela el postulador -el padre Rossi-, se trata de Gilberto Grossi, un joven que hoy es neurocirujano, pero que en el momento en el que lo experimentó trabajaba en la causa Beltrame Quattrocchi catalogando los escritos de los dos esposos. «Su invocación a Dios por la curación de alteraciones óseas, que con frecuencia le obligaban a permanecer inmóvil, fue dirigida por intercesión de ambos cónyuges», revela el postulador. «Al reconocer su 'común intercesión' -concluye el postulador-, podemos decir que los teólogos han subrayado que los esposos no sólo están unidos en una dimensión humana, sino también espiritual». Rossi explica que «Luigi y María no tenían aparentemente nada de 'extraordinario'. Lo que les distingue es la 'manera extraordinaria' con la que vivieron.

Los dos esposos fueron cristianos convencidos, coherentes y fieles a su propio bautismo; supieron acoger el proyecto de Dios sobre ellos y respetaron su prioridad; fueron personas de gran caridad, entre sí, con los hijos y con el prójimo, promoviendo el bien y la justicia; fueron personas de esperanza, que supieron dar el justo significado de las realidades terrenas, con



la mirada puesta siempre en la eternidad».

Cuando se aprobó la causa de beatificación conjunta del primer matrimonio en la historia de la Iglesia, a la Congregación vaticana para las Causas de los Santos le surgió un problema: ¿cuándo se celebrará su fiesta? En general, la fiesta de los beatos y santos suele celebrarse el día de su muerte, día de su abrazo con Dios. ¿Debería celebrarse en fechas diferentes la memoria de Luigi y María Beltrame Quattrocchi, creando así dos fiestas?

Juan Pablo II, que desde hacía años soñaba con poder beatificar a una pareja, tomó entonces una decisión revolucionaria: la fiesta de los dos beatos se celebraría conjuntamente en un mismo día, en el aniversario de su boda, que, como ya dijimos al inicio de este artículo, tuvo lugar el 25 de noviembre.

Por el momento, la fiesta sólo se celebra en Roma, la diócesis de los nuevos beatos, pues la beatificación, que el Papa celebró el 21 de octubre de 2001, tiene carácter local. En caso de que sean canonizados, entonces la fiesta alcanzará un carácter universal.

Nota: Este artículo es una recopilación de textos publicados en el año de la beatificación (2001).

El sentido y el sin-sentido de la vida

¡Qué oportuna, profunda y bella la encíclica «Spe salvi» del Santo Padre, acerca de la esperanza cristiana, «la gran esperanza -dice el Papa- esperanza activa, con la cual luchamos para que las cosas no acaben en un 'final perverso'; es también esperanza activa en el sentido de que mantenemos el mundo abierto a Dios; sólo así permanece también como esperanza verdaderamente humana» (nº 34).

Antes de preguntarnos por el verdadero sentido de la vida, tendríamos que preguntarnos: ¿Y qué es realmente «la vida»?

«Vida» -continúa Benedicto XVI- nos hace pensar en la vida que conocemos, que amamos y que no queremos perder, pero que a la vez es con frecuencia más fatiga que satisfacción, de modo que mientras por un lado la deseamos, por otro no la queremos» (ibid.).

Es tristemente evidente que el hombre moderno ha perdido (o no ha encontrado aún) el sentido verdadero de la vida, contentándose con pequeñas y efímeras esperanzas a corto o mediano plazo, que no pueden satisfacer su tendencia connatural a la felicidad, antes al contrario le sumergen tarde o temprano en la desesperanza o en la desesperación, con todas sus terribles consecuencias...

Víktor Frankl, célebre psicólogo terapeuta, revela los resultados de su larga experiencia en su consultorio, llegando a la conclusión de que la raíz de muchas neurosis no es otra que el «vacío (o frustración) existencial», es decir la pérdida (o ignorancia) del sentido de la vida, con la angustia existencial correspondiente. No obstante, «la logoterapia» no deja de ser de «corto alcance», por cuanto considera a cada paciente sin más horizonte que el de su individualidad, contingencia y temporalidad.

Cualquier ser humano mínimamente inteligente y sincero no puede resignarse sin más a saber cuál es el sentido de su vida, sin importarle ni preguntar acerca del sentido de la vida, la cual acaba inexorablemente con la muerte.

La pregunta por el sentido de la vida es inseparable de la pregunta por el sentido de la muerte, y, en buena lógica, si no existe una razón por la cual merezca la pena morir, entonces no existe una razón por la cual merezca la pena vivir.

«De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados.

No podemos dejar de tender a ello y, sin embargo, sabemos que todo lo que podemos experimentar o realizar no es lo que deseamos. Esta 'realidad' desconocida es la verdadera 'esperanza' que nos empuja y, al mismo tiempo, su desconocimiento es la causa de todas las desesperaciones, así como también de todos los impulsos positivos o destructivos hacia el mundo auténtico y el auténtico hombre» (Spe Salvi, nº 12).

Ya Aristóteles había dicho «que todo hombre desea ser feliz...» Ahora bien, ¿cómo pueden compaginarse felicidad y muerte?

El Siervo de Dios Juan Pablo II advertía a los jóvenes: «¡No os dejéis seducir por felicidades efímeras!»

Entonces, ¿qué significa concretamente la palabra «felicidad»?

La felicidad (cualquiera que fuere) es un efecto de «otra cosa» (su fundamento), como muestra la experiencia.

El hombre fracasa siempre que intenta la felicidad por sí misma, llámese «placer», «tener» o «poder», etc., etc.

El hombre, como afirmaba el Doctor Angélico, no puede ser feliz ni en sí mismo ni por sí mismo, no sólo porque es un ser-social, sino también porque es un ser contingente, imperfecto, dependiente y, tarde o temprano (más temprano que tarde), insatisfecho... como dejó escrito san Agustín dirigiéndose a Dios al comienzo de sus «Confesiones»: «Nos has hecho para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti» (I, 1).

El Concilio Vaticano II puso «el dedo en la llaga» al proclamar que «en realidad los desequilibrios que sufre el mundo moderno están relacionados con aquel otro desequilibrio más fundamental, que tiene sus raíces en el corazón del hombre... y no faltan quienes, desesperados de poder dar un sentido a la vida, alaban la audacia de aquellos que, pensando que la existencia humana carece de toda significación propia, se esfuerzan por darle toda su significación a partir únicamente de su propio ingenio» (Gaudium et spes, nº 10).

¿Un ejemplo entre mil? ¡La actual «cultura de la muerte» promovida por las «democracias» modernas corruptas, contra natura y anti cristianas!

Gracias a la Sagrada Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, sabemos que «aquel otro desequilibrio más fundamental que tiene sus raíces en el corazón del hombre» tiene un nombre: el pecado original, en todas sus innumerables y negativas consecuencias.

La barbarie, la hipocresía y el cinismo de los gobiernos que cacarean de «derechos humanos», de «mejorar la calidad de vida» y de «progreso», son los mismos que defienden y apoyan el aborto, la eutanasia, la anticoncepción, la esterilización, y las aberraciones sexuales, etc. en nombre de una salvaje «ética para la ciudadanía», de una aberrante «educación integral», que de entrada excluye a Dios, a Cristo, a su Iglesia, y hasta la misma ley natural; pudriendo ya a la juventud, en nombre de un vulgar «plan nacional de salud reproductiva», ¡la sustitución de la

palabra «procreación» por «reproducción», y de «matrimonio» por «ideología de género» lo dice todo!

¡Se trata de un libertinaje animal, disfrazado de libertad!

¡La corrupción no perdona ni el lenguaje!

Oigamos de nuevo a Juan Pablo II: «La humanidad de hoy nos ofrece un espectáculo verdaderamente alarmante, si consideramos no sólo los diversos ámbitos en los que se producen los atentados contra la vida, sino también su singular proporción numérica, junto con el múltiple y poderoso apoyo que reciben de una vasta opinión pública, de un frecuente reconocimiento legal y de la implicación de una parte del personal sanitario» (Evangelium Vitae, nº 17).

«De este modo la democracia, a pesar de sus reglas, va por un camino de totalitarismo fundamental» (Idem, nº 20).

El «sin-sentido» de la vida y de la historia, propio de la «post-modernidad» ha terminado obviamente por generar el taedium vitae, el horror vacui y el metus mortis (el tedio de la vida, el horror al vacío y el miedo a la muerte).

Se trata de un «aburrimiento existencial» (no meramente «coyuntural»).

«El tedio -escribe Lars Svendsen a partir del Romanticismo se democratizó; es privilegio del hombre moderno... es la manifestación de la honda desesperación, que provoca el hecho de no hallar nada capaz de colmar las necesidades sin límite, del espíritu» (Filosofía del tedio, pp. 19 ss).



La post-modernidad masificada empuja al hombre a huir de sí mismo, a no reflexionar con su cabeza, en busca de algo indeterminado pero distinto, novedoso, excitante, algo que produzca «vértigo», algo que lo saque de la rutina, «le terrible quotidien» de la realidad... hasta lo demencial y demoníaco...

Peter Kreeft (filósofo católico, convertido del anglicanismo) afirma que el Eclesiastés es «el único libro de filosofía, pura filosofía, de sola filosofía, incluido en la Biblia. No ha de sorprender pues que el Eclesiastés es el más grande de los libros de filosofía...

¿Cómo puede ser que este libro, que trata sobre el sin-sentido de la vida, pueda tener tanto sentido?... La forma del Eclesiastés es simple, directa, sin arte; pero en contenido, como veremos, se encuentra la cosa más grande que

la filosofía puede decir... el aburrimiento es el humor del Eclesiastés, es un humor moderno... el Eclesiastés le inspira terror al moderno, porque cuando se mira en ese espejo, ve la pesadilla última: el hombre que no tiene cara...

‘Vanidad de vanidades, dice Cohelet; vanidad de vanidades; todo es vanidad, ¿qué provecho saca el hombre de todo por cuanto se afana debajo del sol... Miré todo cuanto se hace bajo el sol, y vi que todo era vanidad y apacentarse de viento’ (Eclesiastés, cap. 1).

‘Vanidad’ significa ‘sin-sentido’, ‘vacío’... la falta de sentido es la fuente de la muerte. Hay una muerte peor que la muerte: la muerte del alma, y las ‘almas muertas’ (el tremendo título de Gogol) pueden verse en cualquier calle de la ciudad. La vanidad es, en efecto, la muerte; hecha eternidad es el infierno» (Tres filosofías de vida).

Como se comprende, de la ausencia o pérdida del sentido de la vida al nihilismo no hay más que un paso. Como su palabra indica, se trata de una filosofía de la nada. A ella se refiere Juan Pablo II diciendo: «Sus seguidores teorizan sobre la investigación como fin en sí misma, sin esperanza ni posibilidad alguna de alcanzar la meta de la verdad. En la interpretación nihilista la existencia es sólo una oportunidad para sensaciones y experiencias en las que tiene primacía lo efímero.

El nihilismo está en el origen de la difundida mentalidad según la cual no se debe asumir ningún compromiso

definitivo, ya que todo es fugaz y provisional...

Este nihilismo encuentra una cierta confirmación en la terrible experiencia del mal, que ha marcado nuestra época (Fides et ratio, cap. III).

Ya el gran Papa Pío XII se había referido a lo que él llamó «filosofía del desastre»: el existencialismo (o humanismo) ateo, de la angustia o del absurdo existencial:

«El hombre, puesto frente a sí mismo, ve en toda su crudeza lo desamparado y mezquino de su ser, advierte que lo único cierto e inevitable es la muerte, sin ninguna esperanza de algo superior.

El tiempo es el fundamento ontológico de la preocupación, ya que existir es un fluir entre dos nada: la muerte es como el fruto sazonado de la existencia, es la madurez que vuelve al olvido» (Pío XII, noviembre de 1946).

Escuchemos ahora al Papa Benedicto XVI: «El hombre de la civilización tecnológica actual mantiene una actitud contradictoria ante la misma muerte. Por un lado querría esconderla y, por eso, la enfermedad grave y la muerte se convierten en problemas técnicos, que son tratados en instituciones creadas para esos fines. Por otro, la misma sociedad tecnológica transforma la muerte, a través de los medios de comunicación de masas, en un espectáculo excitante, en un antídoto frente al tedio general de la existencia.

Aunque estas dos actitudes parecen oponerse, en realidad, tienen la misma fuente: haber sustraído a la

muerte su carácter de apertura 'metafísica'» (La luz brilla en las tinieblas, pág. 245).

Tatiana Goricheva, valiente y talentosa escritora rusa, escapada de la Rusia comunista y convertida al cristianismo (año 1973) dejó escritas, entre muchas otras, estas acertadas palabras:

«A los filósofos no les preocupa ya el temor a la nada, y les falta el arrojo suficiente para invitar a una decisión radical y última. El posnihilismo es más modesto e inseguro que el nihilismo, pero también más desesperado y cínico.

La filosofía de la época posnihilista hace del cinismo, a todas luces, su problema principal...

El cinismo nace del tedio, de un tedio infernal...

Todo se mueve en círculo, y oponerse a este aburrimiento resulta tan infructuoso como inútil.

La esperanza de renovación ha muerto ya hace tiempo. Sólo nos queda una pizca de energía para proseguir sin ilusión nuestro odiado trabajo, modular monótonos discursos, distribuir bobas sonrisas.

Aburrimiento y cinismo vuelven la existencia cada vez más estúpida y mecánica... en una sociedad insaciable como un vampiro, y tediosa como el infierno» (La fuerza de la locura cristiana, cap. II-IV).

¡En realidad el «optimismo» de la posmodernidad es hipócrita, ridículo y sobre todo trágico!

La tragedia es efecto del agotamiento espiritual.

El hombre de la posmodernidad, metido en un «callejón sin salida», que él mismo ha construido, desde el momento en que ha creído neciamente que no necesitaba de Dios para nada, ha caído inevitablemente en la fatal «tríada neurótica» (como la llamaba Viktor Frankl): la depresión, la agresión y la adicción... cuya lista se haría interminable.

El resultado está a la vista: ¡el carnaval del mundo, convertido en una imbecilidad monstruosa! ¿Cómo se explica? Es muy sencillo: ¡al renegar de Dios, los hombres han matado el amor, terminando sin pena ni gloria, en un suicidio colectivo!

«La filosofía del orgullo asume que la independencia debe significar el rechazo de toda forma de dependencia. Pero toda independencia está siempre condicionada a cierta dependencia... Cuando la dependencia de Dios se pierde, el Estado toma los atributos de la divinidad y, por ser material en su estructura, aplasta el último vestigio de la espiritualidad humana» (Fulton Sheen, El primer amor del mundo, cap. 8).



Este engendro de la «ideología de género», que se ha sacado a Dios de encima, no sin antes intentar «robarle» los atributos divinos, acaba siendo víctima de sus «sueños».

Escuchemos al gran Cardenal austríaco Christoph Schönborn: «El hombre quiere ser Dios y poseer lo divino sin Dios. Lo quiere para sí mismo. Y encuentra lo buscado: él es su mismo, único y absoluto dios. Pero como él por sí mismo no es nada, pues todo lo ha recibido, diviniza su propia nada, y encerrado en esa soledad cerrada e infernal, se descubre el rostro criminal de toda autodivinización: es la autodestrucción del hombre...

Y si las cosas sustituyen a Dios, entonces el hombre les exige a ellas mismas lo que no pueden dar... divinizando el mundo, lo que hace es violentarlo y aprovecharse de él, y este aprovechamiento podría llegar hoy en día hasta su destrucción.

Divinizar el mundo es la última expresión de la autodivinización del hombre» (De la muerte a la vida, cap. II).

Su Santidad Benedicto XVI, ha llamado la atención acerca del mito del progreso, en «un mundo en el que hay tanta injusticia, tanto sufrimiento de los inocentes y tanto cinismo del poder... un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo, es un mundo sin esperanza» (Spe salvi, nº 42).

Palabras «mágicas», como «progreso», «futuro», «solidaridad», «justicia», «paz», «libertad», «novedad», «creatividad», etc., etc. están a la orden del día... en medio de una locura colectiva.

La consigna de moda es: ¡tenemos que ser «optimistas», no «pesimistas»!

¿No sería mejor decir: «realistas»?!

Viene muy bien, a este propósito, una reflexión (no exenta de fina ironía) del entonces Cardenal Ratzinger: «El 'optimismo' es la virtud teológica de un dios nuevo y de una nueva religión, la virtud de la historia divinizada, de una 'historia' de dios, del gran dios de las ideologías modernas y de sus promesas. Esta promesa es la utopía, que debe realizarse por medio de la 'revolución', que por su parte representa una especie de divinidad mítica, por así decirlo, una 'hija de dios' en relación con el dios-Padre 'historia'...

En la nueva religión el 'pesimismo' es el pecado de todos los pecados, y la duda ante el optimismo, ante el progreso y la utopía, es un asalto frontal al espíritu de la edad moderna, es el ataque a su credo fundamental, sobre el que se fundamenta su seguridad, que, por otra parte, está continuamente amenazada por la debilidad de aquella divinidad ilusoria que es la historia» (Mirar a Cristo, cap. II).

Del insigne escritor ruso Nicolai Bardiaev son las siguientes reflexiones de gran actualidad:

«La teoría del progreso fue para muchos una religión, es decir, que ha existido la religión del progreso, profesada por los hombres del siglo XIX y que para ello ha sustituido a la religión cristiana, de la cual habían apostatado...

La contradicción fundamental que hay que poner de relieve en la teo-

ría del progreso, y que aparece bien clara a la luz de nuestra metafísica de la historia, consiste en su infundada conexión con el problema del tiempo, con el pasado, el presente y el futuro.

La teoría del progreso es, ante todo, completamente falsa, injustificada desde el punto de vista científico, filosófico y moral; es una adoración del futuro a expensas del presente y del pasado.

La doctrina del progreso constituye una profesión de fe, una creencia, pues es imposible fundamentarla a partir de las ciencias positivas...

La religión del progreso es una religión de la muerte, y no de la resurrección y recuperación de todo ser viviente para la vida eterna...

Ninguna perfección futura puede justificar los padecimientos de todas las generaciones precedentes... El defecto fundamental de la teoría del progreso es el de no ser capaz de resolver el problema del tiempo.

La utopía del paraíso en la tierra es una creencia...

El destino humano, que debemos perseguir a lo largo de los diferentes períodos de la historia, no puede encontrar solución en el ámbito de ésta. La metafísica de la historia nos enseña que aquello que no puede hallar solución en el ámbito de la historia se re-

suelve más allá de sus confines; y este es el mejor argumento para demostrar que la historia no es absurda, que tiene un sentido superior.

Si tan sólo tuviese sentido terreno inmanente, sería absurda...

La conclusión lógica a la que nos conduce Bardiaev es la siguiente:

«Para que la historia universal aparezca no en la perspectiva del torrente destructor del tiempo, como si hubiese sido arrojada al exterior por las profundidades del espíritu, sino en la perspectiva de la eternidad, de la historia celeste, es necesaria una transformación interior. Sólo entonces la historia volverá a sumergirse en las profundidades del ser, como un momento que es del drama sempiterno del espíritu» (El sentido de la historia, cap. X).

Otra palabra de moda en la anticultura posmoderna, repetida hasta el cansancio es la palabra «cambio»...

«Los hombres han deseado siempre cambiar; pero en otro tiempo deseaban ese cambio para acercarse a aquello que no cambia, mientras que hoy quieren cambiar para adaptarse a lo que de continuo cambia... ya no se trata de ganar altura, sino de llevar la delantera; no de superarse, sino de no dejarse adelantar» (Françoise Chauvin).



El «*tedium vitae*» dominante en esta sociedad superficial busca siempre, como dicen, «algo distinto», aunque sea aberrante, diabólico o estúpido, una sociedad harta de todo y llena de nada... la generación del bostezo, ¡así como suena!

Su Santidad Benedicto XVI comentando a Colosenses 1, 12-20, escribe: «Así San Pablo nos indica una verdad muy importante: la historia tiene una meta, una dirección.

La historia va hacia la humanidad unida en Cristo, va hacia el hombre perfecto, hacia el humanismo perfecto. Con otras palabras, San Pablo nos dice: sí, hay progreso en la historia. Si queremos, hay evolución en la historia.

Progreso es todo lo que nos acerca a Cristo y así nos acerca a la humanidad unida, al verdadero humanismo.

Estas indicaciones implican también un imperativo para nosotros: trabajar por el progreso, que queremos todos. Podemos hacerlo trabajando por el acercamiento de los hombres a Cristo; podemos hacerlo configurándonos personalmente con Cristo, yendo así en la línea del verdadero progreso.

‘Para el hombre es una gran felicidad el conocer a su propio Creador. En esto nos diferenciamos de las fieras y de los demás animales, pues sabemos que tenemos un Creador, mientras que ellos no lo saben’ (Orígenes). La diferencia fundamental entre el hombre y los demás animales está en el hecho de que el hombre es capaz de la verdad, de un conocimiento que se

convierte en relación, en amistad» (4 de enero de 2006).

El hombre posmoderno se siente forzosamente inseguro, porque ha perdido la confianza en el poder de su inteligencia para conocer la verdad objetiva, asediado permanentemente por la duda, el miedo y la tristeza... Impedido a refugiarse en el «anonimato» colectivo, socialista, democrático, que odia al Cristianismo y a la Iglesia, porque cree (¡equivocadamente!) que limitan su libertad, y en consecuencia busca sucedáneos («alternativas» se dice hoy) en otras religiones y sectas «a medida» y mucho más «económicas», así como en el ocultismo, la magia, el eclecticismo, el psicologismo, o cualquier especie de religiosidad difusa emparentada con el movimiento de la «Nueva Era».

Jean Guittton estuvo inspirado cuando dijo que, en definitiva, una de dos: o aceptamos el Misterio (que se nos revela ocultándose, y se nos oculta revelándose) o, en caso contrario, tenemos que elegir lo absurdo.

¡No es necesario hacer «una encuesta» para comprobar el éxito arrollador de la segunda alternativa! ¡Así se vive y así se muere... sin saber por qué ni para qué! ¡El hombre no es más que un «sujeto» entre dos nada!

Hoy la máquina ha desplazado a la razón; la economía a la sabiduría; la libertad a la verdad; la materia al espíritu; la opinión a la certeza; la imagen a la realidad; la información al Magisterio; el interés personal al bien común; las ciencias empíricas a la metafísica; la religiosidad abstracta y difusa a la

Religión cristiana; la conciencia a la Ley de Dios.

¡No cabe duda! ¡El hombre «posmoderno» está gravemente enfermo!

San Buenaventura, Doctor de la Iglesia, en su maravilloso Itinerario del alma a Dios escribe: «El que con tantos esplendores de las cosas creadas no se ilustra, está ciego; el que con tantos clamores no se despierta está sordo; el que por todos estos efectos no alaba a Dios, está mudo; el que con tantos indicios no advierte el primer Principio, es un necio.

Abre, pues, los ojos; acerca los oídos espirituales; despliega tus labios y aplica tu corazón para en todas las cosas ver, oír, alabar, amar y reverenciar, ensalzar y honrar a tu Dios, no sea

que todo el universo se levante contra ti» (cap. I, nº 15).

San Pablo al llegar a Atenas, «se consumía su espíritu viendo la ciudad llena de ídolos», y predicó sobre «el Dios desconocido» (por los paganos), (...) «el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él», exhortándoles «para que busquen a Dios y si quiera a tientas le hallen, que no está lejos de cada uno de nosotros, porque en El vivimos, y nos movemos, y existimos» (Hechos 17, 28).

¡Sólo el Creador tiene el secreto del único sentido de la vida!

A continuación veamos, a la luz de la razón y de la fe, el triple sentido que contienen la vida, a saber: oculto, dramático y feliz. Los tres son inseparables.

PRIMERA PARTE SENTIDO OCULTO

«Verdaderamente tú eres un Dios escondido» (Isaías 45, 15).

El periodista Vittorio Messori preguntó al Siervo de Dios Juan Pablo II:

«Si existe (Dios, el Dios bíblico) ¿Por qué no se manifiesta más claramente? ¿Por qué no da pruebas tangibles y accesibles a todos de su existencia? ¿Por qué su misteriosa estrategia parece la de jugar a esconderse de sus criaturas?

Existen razones para creer, de acuerdo; pero



-como muestra la experiencia de la historia- hay también razones para dudar, e incluso para negar. ¿No sería más sencillo que su existencia fuera evidente?»

Respuesta del Santo Padre:

«Si El no fuese Misterio, no habría necesidad de la Revelación o, mejor, hablando de modo más riguroso, de la autorrevelación de Dios.

Si el hombre, con su intelecto creado y con las limitaciones de la propia subjetividad, pudiese superar la distancia que separa la creación del Creador, el ser contingente y no necesario del Ser necesario ('el que no es' -según la conocida expresión dirigida por Cristo a Santa Catalina de Siena- de 'Aquel que es'; cfr. Raimundo de Capua, *Legenda maior*, I, 10, 92), sólo entonces sus preguntas estarían fundadas.

La autorrevelación de Dios se actualiza en concreto en su 'humanizarse'... la provocación proviene de Dios mismo, puesto que El realmente se ha hecho hombre en su Hijo y ha nacido de la Virgen. Precisamente en este Nacimiento, y luego a través de la Pasión, la Cruz y la Resurrección, la autorrevelación de Dios en la historia del hombre alcanza su cenit: la revelación del Dios invisible en la visible humanidad de Cristo.

Intentemos ser imparciales en nuestro razonamiento: ¿Podría Dios ir más allá en Su condescendencia, en Su acercamiento al hombre, conforme a sus posibilidades cognoscitivas? Verdaderamente, parece que haya ido todo lo lejos que era posible. Más allá no podía ir.

En cierto sentido, ¡Dios ha ido demasiado lejos! ¿Cristo no fue acaso 'escándalo para los judíos, y necedad para los paganos'? (1 Corintios 1, 23) Precisamente porque llamaba a Dios Padre suyo, porque lo manifestaba tan abiertamente en Sí mismo, no podía dejar de causar la impresión de que era demasiado... el hombre ya no estaba en condiciones de soportar tal cercanía, y comenzaron las protestas.

Esta gran protesta tiene nombres concretos: primero se llama Sinagoga, y después Islam. Ninguno de los dos puede aceptar un Dios así de humano...

Desde una cierta óptica es justo decir que Dios se ha desvelado al hombre, incluso demasiado, en lo que tiene de más divino, en lo que es Su vida íntima; se ha desvelado en el propio Misterio. No ha considerado el hecho de que tal desvelamiento lo habría en cierto modo obscurecido a los ojos del hombre, porque el hombre no es capaz de soportar el exceso de Misterio, no quiere ser así invadido y superado. Sí, el hombre sabe que Dios es Aquel 'en el que vivimos, nos movemos y existimos' (Hechos 17, 28), pero ¿por qué eso ha tenido que ser confirmado por su Muerte y Resurrección? Sin embargo San Pablo escribe: 'Pero si Cristo no ha resucitado, entonces es vana nuestra predicación y es vana también nuestra fe' (1 Corintios 15, 14)» (Cruzando el umbral de la esperanza, cap. VI).

La ciencia, la conciencia y la experiencia, son incapaces, por sí mismas, de sacar al hombre del encierro de su «inmanencia».

Sin embargo, si el hombre es sincero, abre su corazón a la verdad y piensa un poco con su cabeza y además invoca humildemente a ese Dios «posible», no tardará mucho tiempo en encontrarlo... ¡Qué más quiere Dios que ser conocido, amado y glorificado!

El hombre, lo quiera o no, es *capax Dei*, por la sencilla razón de ser creado a su imagen y semejanza, y en consecuencia, es naturalmente un ser «re-li-

gado» y «ob-ligado» al primer Principio que le dio la existencia. La prehistoria y la historia de las religiones muestran que el hombre es un «animal religioso».

En el preámbulo de la magnífica encíclica *Fides et ratio*, Juan Pablo II afirma, a modo de tesis fundamental: «La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad... Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él, para que conociéndole y amándolo, pueda alcanzar también la verdad sobre sí mismo».

Y más adelante: «En lo más profundo del hombre está el deseo y la nostalgia de Dios» (nº 24).

Y también: «El hombre no comenzaría a buscar lo que desconoce del todo o considerase absolutamente inalcanzable» (nº 29).

De ahí que un ateísmo «científico» es irracional y absurdo desde todo punto de vista.

El ateo cree o desea que «Dios no exista» ya sea por ignorancia, por prejuicios, por egoísmo, por hacerse el «interesante», y, sobre todo, por el miedo a que Dios le exija y ponga un límite (como es lógico) a su libertad.

No es que falte la luz a nuestros ojos, sino que somos nosotros los que cerramos los ojos a la luz; ¡no hay peor

ciego que el que no quiere ver, ni peor sordo que el que no quiere oír!

El Siervo de Dios Pablo VI trazó una descripción «fenoménica» perfecta del hombre actual, «el hombre que está totalmente entregado a sí mismo; el hombre que no sólo se considera el único centro de todo su interés, sino que se atreve a afirmar que él es el principio y razón de todas las cosas... el hombre que se queja de su trágico destino; el hombre que tanto ayer como hoy piensa que los demás son inferiores a él, y por ello es siempre frágil y falso, egoísta y feroz; el hombre descontento de sí, que ríe y que llora; el hombre versátil, dispuesto a representar cualquier papel; el hombre dedicado exclusivamente a la investigación científica; el hombre que, como tal, piensa, ama, trabaja, está siempre a la expectativa de algo...» (Discurso en la Clausura del Concilio, 7 de diciembre de 1965).

¡Grande y sublime paradoja! Dios se oculta revelándose, y se revela ocultándose.

En esta vida es físicamente imposible ver a Dios directamente.

Cuando Moisés en el monte Horeb, pidió a Yavé: «Muéstrame tu gloria», el Señor le respondió: «Mi rostro no podrás verlo, porque no puede el hombre verlo y vivir» (Exodo 33, 19-20).

De todas maneras, en comparación con la visión beatífica después de la



S.S. Pablo VI

muerte, «ahora vemos por un espejo y oscuramente -dice San Pablo- pero entonces veremos cara a cara» (1 Corintios 11, 13).

El gran místico, doctor y poeta San Juan de la Cruz comienza el sublime «Cántico espiritual» con estas palabras:

«¿A dónde te escondiste Amado
y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido».

* Y responde que «el lugar donde está escondido el Hijo de Dios es, como dice san Juan (1, 18) el Seno del Padre, que es la Esencia divina»... y simultáneamente «el Padre no se gloria ni apacienta en otra cosa que en el Verbo, su único Hijo. Y es de notar, para saber hallar este Esposo (cual en esta vida se puede), que el Verbo, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, está esencialmente en el íntimo centro del alma escondido; por tanto, al alma que por unión de amor le ha de hallar, conviene salir y esconderse de toda las cosas creadas, según la voluntad y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, comunicándose allí con Dios en amoroso y afectuoso trato».

«Tú, cuando ores -dijo Jesús- entra en tu interior, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto, y tu Padre que ve en lo escondido, te recompensará» (Mateo 6, 6).

Exclama San Juan de la Cruz:
«Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras,
y en tu aspirar sabroso

de bien y gloria lleno
cuán delicadamente me enamoras»
(Llama de amor viva, IV).

* En segundo lugar -continúa San Juan de la Cruz- Dios está escondido en toda la Creación: «Las cosas invisibles de Dios, son conocidas del alma por las cosas visibles creadas e invisibles (cfr. Romanos 1, 20)».

Lo mismo dice San Ignacio en los Ejercicios Espirituales: en el Principio y Fundamento presenta a las criaturas como medios para ascender hasta el descubrimiento de Dios; y en la Contemplación para alcanzar amor, como medios por los cuales Dios condesciende hasta nosotros.

Obviamente, es más perfecto conocer en Dios a las criaturas («conocimiento matutino») que en las criaturas a Dios («conocimiento vespertino»).

* En tercer lugar, Dios se revela sobre todo en la Encarnación de su divino Hijo Jesucristo, nacido de la Inmaculada Virgen María.

«El que me ve a Mí, ve al Padre» (Juan 14, 9).

Cristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre (Benedicto XVI, Oración preparatoria para la V Conferencia del Celam en Aparecida, Brasil).

Los católicos sabemos por el don sobrenatural de la fe, que Cristo está en la Eucaristía realmente, con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, oculto bajo las especies de pan y vino.

El «Doctor Eucarístico», Santo Tomás de Aquino, estuvo divinamente inspirado al escribir en latín, más con el corazón que con la mente, el maravilloso poema Adoro te devote.

He aquí un extracto:

«Te adoro con devoción,
Dios escondido,
oculto verdaderamente bajo estas
apariencias.

Al juzgar de Ti, se equivocan la vista,
el tacto, el gusto;
pero basta el oído
para creer con firmeza;
creo todo lo que ha dicho
el Hijo de Dios:

nada es más verdadero que esta
palabra de verdad.

En la Cruz se escondía sólo la
Divinidad,
pero aquí se esconde también la
Humanidad;

creo y confieso ambas cosas,
y pido lo que pidió aquel ladrón
arrepentido.

Jesús, a quien ahora veo oculto,
te ruego que se cumpla
lo que tanto ansío:

que al mirar tu rostro cara a cara,
sea yo feliz viendo tu gloria. Amén».

En conclusión: ni la ciencia, ni la técnica, ni la psicología, ni la parapsicología, ni la filosofía, pueden conocer jamás el sentido profundo de la vida.

Fuera del Dios Uno y Trino, que se revela en Jesucristo por el Espíritu Santo, es inútil e imposible, empeñarse en hallar el sentido de la vida ni responder a los grandes interrogantes



que necesariamente se ha de plantear el hombre de todos los tiempos, a no ser que prefiera resignarse a vivir una vida absurda, para terminar en una muerte también absurda.

San Anselmo, «Doctor Magnificus», sintetizó en estas dos célebres frases complementarias la estrecha relación entre la fe y la razón: credo ut intelligam («creo para entender»); intelligo ut credam («entiendo para creer»).

La fe y la razón se necesitan para descubrir el sentido de la vida, lo cual equivale a conocer al «Autor de la vida», mejor dicho: al que es la Vida eterna. Precisamente para darnos esa Vida envió Dios a su Hijo, como El lo predicó y nos dio ejemplo en tantas ocasiones: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan sobreaundante» (Juan 10, 10).

«Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo para volver al Padre» (Juan 16, 28).

Es Dios mismo quien, por ser nuestro primer Principio y nuestro último Fin, necesariamente y libremente nos atrae hacia Sí, nos mueve a buscarle hasta encontrarle.

¡Buscarle es ya casi encontrarle...!
«Si me buscas es porque me encontraste -mi Dios me dice-. Yo soy tu vacío; mientras no llegue al mar no para el río, ni hay otra muerte que a su afán le baste.

Aunque esa busca tu razón desgaste ni un punto la abandones, hijo mío, pues que soy Yo quien con mi mano guío tus pasos en el coso por que entraste.

Detrás de ti te llevo a darme cara, y eres tú quien te tapas para verme; pero sigue, que el río al cabo para; cuando te vuelvas, ya de vida inerme, hacia lo que antes de ser tú pasara, descubrirás lo que en tu vela hoy duerme».

(Miguel de Unamuno)

Algunas veces, a través de los tiempos, Dios irrumpe de pronto en el hombre deslumbrándole, abrazándole, «hiriéndole» con la potencia terrible y fascinante de su Existencia demasiado fuerte, que es la Verdad, el Amor y la Belleza infinitas.

Un ejemplo asombroso y universalmente conocido y significativo fue la conversión instantánea de André Frossard, narrada por él mismo en su libro titulado: Dios existe. Yo me lo encontré.

El autor era hijo de un destacado militante del Partido Comunista francés; su abuela paterna era judía; y su pueblo «el único de Francia donde había sinagoga, pero no Iglesia»; del lado materno sus abuelos eran de origen protestante; pero toda la familia era socia-

lista; fue educado en un ateísmo absoluto, «aquél en el que la existencia de Dios ni siquiera se plantea». Según su propio testimonio, a su conversión instantánea no precedió ninguna iniciación religiosa ni evolución intelectual.

He aquí, en síntesis, el episodio:

«Pues bien, sucede que, sobrenaturalmente, sé la verdad sobre la más disputada de las causas y el más antiguo de los procesos: Dios existe. Yo me lo encontré.

Me lo encontré fortuitamente -diría que por casualidad si el azar cupiese en esta especie de aventura-, 'con el asombro de paseante que, al doblar una calle de París, viese, en vez de la plaza o de la encrucijada habituales, una mar inesperada que batiese los pies de los edificios y se extendiese ante él hasta el infinito.

Fue un momento de estupor que dura todavía. Nunca me he acostumbrado a la existencia de Dios.

Habiendo entrado, a las cinco y diez de la tarde, en una capilla del Barrio Latino en busca de un amigo, salí a las cinco y cuarto en compañía de una amistad que no era de la tierra.

Habiendo entrado allí escéptico y ateo de extrema izquierda, y aún más que escéptico y todavía más que ateo, indiferente y ocupado en cosas muy distintas a un Dios que ni siquiera tenía intención de negar -hasta tal punto me parecía pasado, desde hacía mucho tiempo, a la cuenta de pérdidas y ganancias de la inquietud y de la ignorancia humanas-, volví a salir, algunos minutos más tarde, 'católico, apostólico, romano', llevado, alzado, recogido

y arrollado por la ola de una alegría inagotable.

Al entrar tenía 20 años. Al salir, era un niño, listo para el bautismo, y que miraba en torno a sí, con los ojos desorbitados, ese cielo habitado, esa ciudad que no se sabía suspendida en los aires, esos seres a pleno sol que parecían caminar en la oscuridad, sin ver el inmenso desgarrón que acababa de hacerse en el todo del mundo. Mis sentimientos, mis paisajes interiores, las construcciones intelectuales en las que me había repantigado, ya no existían; mis propias costumbres habían desaparecido y mis gustos estaban cambiados».



SEGUNDA PARTE

SENTIDO DRAMÁTICO

El enigma o «fantasma» del mal, en todos sus aspectos psico-físico, moral, social, cósmico es un hecho incuestionable, que atraviesa toda la historia, sin que nada ni nadie pueda eliminarlo del todo, más aún, fuera de la Divina Revelación (que nos llega por medio de Cristo y de su Iglesia), no hay ciencia ni filosofía ni religión que pueda dar una explicación mínimamente seria, autorizada y convincente, por la sencilla razón de ignorar la raíz o causa primera de todos los males, habidos y por haber.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que el mal es efecto, con todas sus dolorosas y trágicas consecuencias, del pecado original, cometido en el paraíso por Adán y Eva, nuestros prime-

ros padres, seducidos por Satanás, con el agravante no obstante de dañar gravemente la naturaleza humana, puesto que eran los progenitores de todo el género humano y, por tanto, los máximos responsables de un pecado «generacional» en el sentido de engendrar y transmitir una naturaleza «enferma», un «desequilibrio» innato en todo ser humano, una división o desorden interior.

En los primeros capítulos del Génesis hallamos descrito en términos patéticos el «primer acto» del Drama del sufrimiento, de la enfermedad y de la muerte.

¡La santa ira de Yavé-Dios contra el demonio y contra Adán y Eva no se hizo esperar!

A la serpiente le dijo: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañar» (Génesis 3, 15).

Al hombre le dijo: «¡Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo volverás!» (Génesis 3, 17-19)

¡Comienza inevitablemente la «guerra escatológica»...!

La fealdad y gravedad del pecado está en razón directa con la Majestad o Santidad de Dios, infinitamente Bueno, Sabio y Poderoso, quien, precisamente por ser quien «ES», no puede renunciar a la gloria (que le es debida) en nombre (o con pretexto) de una «misericordia» mal entendida, olvidando las exigencias de su justicia.

Porque es Justo castiga, y porque es Misericordioso perdona.

También se podría decir así: porque es Misericordioso castiga, y porque es Justo perdona.

¡Castiga para poder perdonar!

El Orden establecido por Dios a partir de la Creación, debe ser respetado y restablecido, mediante la expiación del pecado (con todas sus consecuencias), que es precisamente un «desorden» ontológico, moral y jurídica-

mente gravísimo, que pone en violencia a todo el Universo mundo, cortando su relación con Dios, con el cosmos y consigo mismo.

La soberbia y nada más que la soberbia del hombre, que da la espalda a su Dios, pisotea su santa Ley, abusa de la libertad que el Señor le dio, para ofenderle: he aquí el por qué del sufrimiento, la enfermedad y la muerte.

Pero la cosa no acaba aquí.

El pecado de origen fue tan grave que no quedó confinado en nuestros primeros padres (como un pecado meramente personal o dual) sino que, como una grave enfermedad contagiosa, afecta a toda la naturaleza humana (a excepción de la Santísima Virgen María, gracias a un privilegio concedido gratuitamente por Dios, su Inmaculada Concepción, con vistas a su Maternidad divina y humana; obra milagrosamente en la Encarnación del Hijo de Dios).

Ningún hombre o mujer podía reparar, expiar o satisfacer a un Dios ofendido.

La gravedad del pecado original es limitada desde el término a quo (como acto humano, aunque pecaminoso), pero es como-infinita en cuanto al término ad quem (que es el mismo Dios).

Por otro lado, no convenía a la Majestad de Dios Uno y Trino, permitir que su Proyecto Salvador quedase frustrado por culpa del hombre y la mujer, instigados por el Diablo...

Y entonces ocurrió lo más asombroso, lo más conmovedor y lo más inimaginable: el Padre decidió ab

aeterno enviar a la tierra a su amado Hijo, por obra del Espíritu Santo, el único que como «Nuevo Adán» podía «saldar la deuda» (contraída por el primer Adán), con su vida, muerte y resurrección; cargando sobre sus espaldas la multitud de todos los pecados, y restituir sobradamente así a su Padre el Honor y la Gloria que merecía y le era debida.

La Redención fue una «Nueva Creación», la «Obra de Arte» de Dios-Trinidad, puesto que Jesucristo nos salvó a título de Misericordia y de Justicia.

Satanás fue derrotado y el orden restablecido. «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Apocalipsis 21, 5).

Dios por Cristo perdonó a Adán y Eva y a su descendencia, pero no suprimió la lucha permanente contra sus enemigos.

Con sus dolores y muerte en la Cruz, Dios quiso mostrarnos la locura de su Amor, no evitándonos el dolor sino asumiéndolo, santificándolo, uniendo nuestras penas y muerte a las suyas, como miembros de la Iglesia, su Cuerpo Místico del cual El es la Cabeza.

Dios no sólo perdona sino que dignifica al pecador arrepentido, por, con y en Jesucristo su divino Hijo.

El sentido patético de la vida alcanza así su climax en la cima del Calvario.

El mismo Jesús lo reveló, y reprochó a los discípulos de Emaús el día de Pascua, con estas palabras: «¡Oh necios y duros de corazón para creer en todo lo que dijeron los profetas! ¿Acaso no convenía (era necesario) que estas cosas padeciese Cristo (el Mesías) y entrase así en su gloria?» (Lucas 24, 25-26)

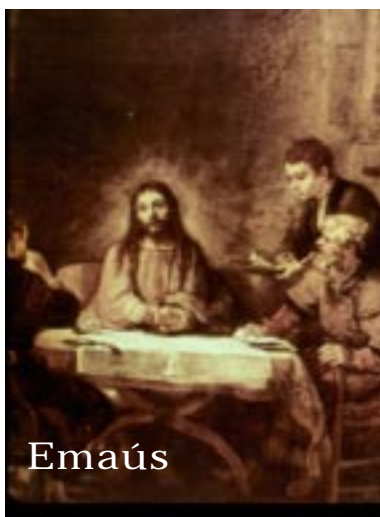
Cristo «pagó» con su Sangre el precio de nuestra Salvación, pero a condición de que cada uno pague también su «cuota», compartiendo la cruz de cada día, renunciando al pecado y siguiendo sus pasos: muerte y resurrección.

«Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia» (Colosenses 1, 24).

Aunque es cierto que ningún hombre podría ser responsable del pecado de Adán, también es cierto que todos pecamos en él, como dijo el apóstol San Pablo: «Así, pues, como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado...» (Romanos 5, 12)

Desde entonces, «es milicia la vida del hombre sobre la tierra» (Job 7, 1).

¡Lucha sin tregua contra los tres enemigos de Cristo y del hombre: el pecado, el espíritu del mundo, y el



demonio, «la Serpiente antigua» (Apocalipsis 12, 9), «el Príncipe de este mundo» (Juan 12, 31), el cual «como león rugiente, está dando vueltas buscando a quien devorar» (1 Pedro 5, 8).

La maldición de la muerte, heredada del primer Adán y la primera Eva, fue convertida en la mayor bendición, gracias a Cristo «Nuevo Adán» y a María, su Madre (la «Nueva Eva»), asociada por Dios a su divino Hijo.

Con su muerte, Cristo «mató» a la muerte, derrotó al demonio y nos abrió de nuevo la puerta del Paraíso, es decir, la Vida eterna, que, por la gracia divina, comienza ya aquí en la tierra.

¡Siempre es Viernes Santo! ¡Y siempre es Pascua de resurrección!

«Hay una dramaticidad y una tragicidad esencialmente cristianas, que no son más que un reflejo mil veces repetido y siempre inaccesible del diálogo sin par que mantiene siempre con Pilatos ese Rey encadenado que es la Verdad. Lo trágico hace saltar las fronteras de la tierra... la relación trágica con la verdad, concebida como confirmación, y que sólo como confirmación puede ser entendida, es el nervio del drama cristiano. De ello se sigue que el drama se convierte en juicio, que culmina en el día del Juicio.

En el acto final estalla el fuego: el Juez está allí; lo terreno se estrella contra la verdad» (Reinhold Schneider. *Rechenschaft*).

Hay un «ritmo» teodramático in crescendo (angustia existencial) hasta la victoria final, que tendrá lugar en la segunda venida o manifestación pública y solemne de Jesucristo Rey, el

«Cordero como degollado, que está de pie» (Apocalipsis 5, 6), el «León de la tribu de Judá» (Apocalipsis 5, 5).

La historia de la salvación (es decir, la historia), no es más que el desarrollo dramático de las «Dos Ciudades» (San Agustín) o de las «Dos banderas» (San Ignacio): la de Cristo Rey y la del Demonio.

El apóstol San Juan escribe el Cuarto Evangelio, el Apocalipsis y las Cartas en clave a esta «confrontación» o «combate escatológico» ininterrumpido entre los dos Reinos: el bien y el mal, la verdad y la mentira, la luz y las tinieblas, la gracia y el pecado, la vida y la muerte, Cristo y el Anticristo [que actúa a través de las «dos Bestias» o poderes demoníacos: el político y la falsa religión al servicio del primero (cfr. Apocalipsis 13)].

¡La Iglesia o Reino de Cristo canta y celebra, llena de asombro y alegría ya en esta vida, el duelo entre la muerte y la vida, con la victoria del Rey resucitado, anunciada desde el paraíso, final apoteósico de la historia!

«El Apocalipsis describe la contemporaneidad de Liturgia y combate con una conmoción casi chocante y además creciente:

La cólera divina, que se va descargando hasta el final (en las 'siete copas'; cap. 16) es introducida con una liturgia celestial especialmente solemne (cap. 15); la aniquilación total de Babilonia (cap. 18) es respondida desde arriba con ruidosos gritos de júbilo (cap. 19); al final quedan en ruda contraposición el estanque de fuego (en el que desaparecen demonio, muerte y

hades), y el nuevo mundo, en el que toda lágrima es enjugada y donde ya no hay muerte, ni sufrimiento, ni lamentos, ni dolores, pues 'lo antiguo pertenece al pasado' (cap. 21). Así como el drama surgió de la Liturgia (en la tradición del libro sellado por el Cordero) acaba retornando a ella» (Hans Urs von Balthasar, Teodramática, vol. IV).

Frente a la Santísima Trinidad («económica») aparece una «trinidad demoníaca»: el demonio, «homicida desde el principio» (Juan 8, 44), la pseudo-encarnación y el pseudo-espíritu.

La tragedia de esta confrontación irreparable y definitiva toca fondo: por un lado en el «estanque de fuego» que dura por los siglos de los siglos (el infierno), en donde son atormentados eternamente todos aquellos que por rechazar el amor de Dios «no están escritos en el libro de la vida» (Apocalipsis 20, 10-15); y, por otro lado, la «Jerusalén celeste», la «Esposa del Cordero», la Iglesia triunfante, habitada por los innumerables bienaventurados, «los que están escritos en el libro de la vida del Cordero» (Apocalipsis 21, 27).

La existencia del Infierno es una verdad de fe revelada por Cristo y enseñada desde siempre por el Magisterio de la Santa Madre Iglesia (junto con la enseñanza de los apóstoles, de los Santos Padres y Doctores, y teólogos autorizados de la Iglesia).

Es una verdad terrible, que, por lo mismo, es negada, cuestionada y silen-

ciada no sólo por quienes pertenecen a otras religiones, sino incluso por ciertos católicos acomplejados, que por «no chocar» -dicen- optan por disimular y silenciar, mutilando el Evangelio, no sin gravísima responsabilidad, culpabilidad y escándalo de los «fieles».

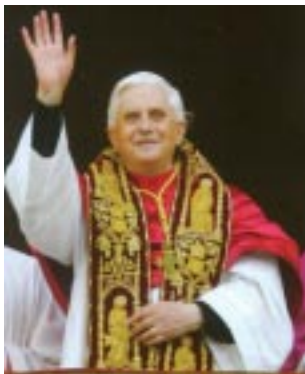
Abramos el Catecismo de la Iglesia Católica:

«Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de El para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra 'infierno'» (Nº 1033).

«Jesús habla con frecuencia de la 'gehenna' y del 'fuego que nunca se apaga' (cfr. Mt 5, 22.29; 13, 42.50; Mc 9, 43-48)

reservado a los que, hasta el fin de su vida rehúsan creer y convertirse, y donde se puede perder a la vez el alma y el cuerpo (cfr. Mt 10, 28). Jesús anuncia en términos graves que 'enviará a sus ángeles que recogerán a todos los autores de iniquidad..., y los arrojarán al horno ardiendo' (Mt 13, 41-42), y que pronunciará la condenación: '¡Alejaos de Mí malditos al fuego eterno!' (Mt 25, 41)» (1034).

«La enseñanza de la Iglesia afirma la existencia del infierno y su eternidad. Las almas de los que mueren en estado de pecado mortal descienden a



los infiernos inmediatamente después de la muerte y allí sufren las penas del infierno, 'el fuego eterno'. La pena principal del infierno consiste en la separación eterna de Dios en quien únicamente puede tener el hombre la vida y la felicidad para las que ha sido creado y a las que aspira» (1035).

La proyección social del pecado es la primera y esencial respuesta a todos los males habidos y por haber. Todas las demás causas no dejan de ser secundarias.

El pecado es la más dañina y devastadora de las «epidemias» ¡La naturaleza no perdona!

El Santo Padre lo ha dicho muy bien: «No es la presencia de Dios la que aliena al hombre, sino su ausencia: sin el verdadero Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, las esperanzas se transforman en espejismos, que llevan a evadirse de la realidad» (6 de febrero de 2008).

El laicismo es el «cáncer social» de los pueblos y de los Estados (Pío XI, Quas primas) .

¡Tarde o temprano, el hombre sin Cristo, se des-equilibra, des-humaniza y de-genera, siendo juguete de los instintos animales y esclavo en las «redes y cadenas» del demonio (Ejercicios Espirituales, nº142).

* La persona queda reducida a mero individuo, número o «género».

* El pueblo, reducido a «masa».

* Los valores cambian según el capricho o interés de las mayorías.

* La patria (con sus raíces y tradiciones) pierde su propia identidad y

unidad, reducida a mero «país» (un cuerpo sin alma).

* ¿La democracia? ¡Una «borrachera de 'libertad'»!

A cualquier cosa se le llama «cultura», una vez despojada de su fundamento metafísico.

Se llama «bien» al mal; «verdad» a la mentira; «justicia» a la injusticia; «políticamente correcto» al régimen establecido por la fuerza, no por la razón ni por el derecho natural.

La moral establecida por el Creador ha sido desplazada por una estúpida y aberrante «ética para la ciudadanía».

El «ser» desaparece aplastado brutalmente por las concupiscencias del tener, del placer y del poder. ¿Resultado de esta postmodernidad? ¡Sigue en aumento vertiginoso el índice de males, enfermedades y muertes prematuras!

¡La postmodernidad es por naturaleza «anti-católica»!

Si dirigimos ahora la atención a la situación eclesial y religiosa (siempre dentro del «sentido dramático» de la vida), se observa desde hace ya muchos años, desgraciadamente, en no pocos sectores una catequesis, una teología, una espiritualidad, una predicación, una docencia, una pastoral, un culto, y, en general, un catolicismo «reblandecido», que está bastante lejos de parecerse a la grandeza, belleza y potencia del Evangelio vivido y anunciado por

Jesús de Nazaret, los Apóstoles, los primeros cristianos, los mártires y los santos. ¡Un Evangelio barato, con descuentos y rebajas a gusto del consumidor!

Se callan, disimulan o dicen tímidamente grandes verdades reveladas, porque «chocan -se dice- con la mentalidad (o psicología) del hombre de hoy», y seguramente chocan en primer lugar con la tibieza y mala vida de quienes deberíamos dar testimonio de Cristo, exigido por el nombre cristiano, sacerdote o consagrado... ¡Qué responsabilidad, y qué juicio de Dios nos espera!

Olvidan que la Iglesia es por naturaleza no sólo peregrinante sino también y siempre «militante» (hoy más que en otras épocas, como es evidente).

«Sal vuelta sosa», «lámpara escondida bajo el celemín», «mecha que todavía humea» (cfr. Mateo 5, 13), «bronce que suena o címbalo que retiñe» (1 Corintios 13, 1).

«Si la trompeta diera un toque indefinido, ¿quién se prepararía para el combate?» (1 Corintios 14, 8)

Católicos acomplejados ante los poderes políticos y ante las demás religiones.

Católicos de etiqueta (en teoría) pero que en realidad siguen la corriente y las modas del «mundo-mundo».

Católicos anónimos, porque no profundizan la fe, ni sienten con la Iglesia

(sobre todo con el Santo Padre), ni conocen ni les importa la doctrina del Magisterio de la Iglesia.

Deberíamos preguntarnos: ¿dónde está aquel «fuego» del Espíritu Santo que Cristo vino a traer a la tierra para que arda (cfr. Lucas 12, 49)?

¿Dónde está esa santa «violencia» necesaria para arrebatar el Reino de los cielos? (cfr. Mateo 11, 12)

¿Somos «levadura nueva» para tener influencia cultural, política y social, y así extender y consolidar el Reinado de Cristo o, por el contrario, somos como «perros mudos, que no pueden ladrar» (Isaías 56,11)?

Y quienes sienten la pasión por la verdad, el amor ardiente a Jesús y la alegría de sufrir las conse-

cuencias, naturalmente son tenidos por exagerados, arcaicos, pesimistas, negativos, ridículos -en una palabra- como se estilaba decir hoy, «de perfil bajo»...

Estos son marginados, difamados y perseguidos.

Por el contrario, los «prudentes», los «equilibrados», los «actualizados», pueden vivir tranquilos, escalar puestos y recibir aplausos, sin ningún problema.

Hay «teólogos», cuyas publicaciones son un «best seller», convocan a miles de oyentes, satisfechos y engañados, puesto que «reinterpretan» la Palabra de Dios, mediante «categorías» metodológicamente psicológicas, fue-



ra de contexto, y, lo que es más que sospechoso, ignorando o criticando al Magisterio de la Iglesia y la enseñanza del Romano Pontífice. Todo un éxito de taquilla para librerías «católicas».

El gran San Ignacio de Loyola, con la palabra y el ejemplo, arenga a sus ejercitantes a «imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor», «y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, antes que por sabio ni prudente en este mundo» (Ejercicios Espirituales, nº 167).

El mártir San Ignacio de Antioquía estampó estas enardecedoras palabras en su carta a los cristianos de Roma: «Cuando el Cristianismo es odiado por el mundo, la hazaña que le cumple realizar no es mostrar elocuencia de palabra, sino grandeza de espíritu» (3, 3).

Tenemos palabras... pero nos falta lo más importante: ¡el Espíritu!

El Siervo de Dios Pablo VI pronunció estas inspiradas palabras, cuya actualidad supera en mucho a la de hace 43 años; hélas aquí:

«¿Puede un verdadero cristiano ser débil, temeroso, vil, traidor al propio nombre, a la propia conciencia, al propio deber? No, en absoluto. El cristiano auténtico es fuerte, animoso, leal, coherente, heroico si es preciso; el cristiano -lo sabemos por nuestra Confirmación- es militante, miles Christi: soldado de Cristo.

La vida cristiana es combate: nosotros debemos estar continuamente alerta, siempre debemos estar en condiciones de separar, de distinguir el bien y el mal, y decidir: yo estoy por el bien, por la virtud, por mi deber, por las promesas hechas. Buscaré, por tanto, estar realmente dispuesto a superar toda atracción que pudiera hacerme débil y vil ante la presentación del mal disfrazado de bien.

... si queremos ser cristianos, especialmente hoy, debemos ser fuertes. Jóvenes, vosotros de modo particular, debéis recoger esta clara voz, este mensaje del Evangelio: es preciso vivir el cristianismo con fortaleza, con conciencia militante; es necesario realizar también algún sacrificio para custodiar intacta la propia fe y para mantener el compromiso asumido con Cristo, con la comunidad cristiana, con la Iglesia» (7 de marzo de 1965).

El Santo Padre dijo a los obispos de Austria: «Es verdad que los obispos debemos actuar con ponderación. Sin embargo esta prudencia no debe impedirnos presentar la Palabra de Dios con toda claridad, incluso las cosas que se escuchan con menos agrado o que ciertamente suscitan reacciones de protesta y burla.

(...) No os engaños. Una enseñanza de la fe católica que se imparte de modo incompleto es una contradicción en sí misma y, a la larga, no puede ser fecunda» (5 de noviembre de 2005).

TERCERA PARTE

SENTIDO FELIZ

El simbolismo cristiano de la Cruz es triple: la gravedad del pecado del hombre; la exigencia de la divina Justicia; y la potencia victoriosa de su Amor misericordioso.

De la Cruz brotaba precisamente la felicidad de los santos.

El cristianismo es la religión de la alegría, de la auténtica alegría, de una alegría que únicamente puede venir de arriba, es decir, de Dios, que es alegría infinita.

El hombre fue creado para la felicidad, mejor dicho, para participar en la felicidad divina.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento destilan una alegría que no es ni puede ser de este mundo.

Es la alegría del «proto-Evangelio» (ya en el paraíso), es decir, el primer anuncio irrevocable del Mesías salvador.

Es la alegría del anuncio del ángel a la Madre de Dios: «Alégrate, María, llena de gracia» (Lucas 1, 28).

La «alegría mesiánica» hizo exclamar a Cristo estas palabras en su habitual discusión con los judíos incrédulos, que exaltaban al patriarca Abraham por encima de Jesús: «Abraham,



vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró» (Juan 8, 56).

Es la alegría, finalmente, del anuncio de la Resurrección de entre los muertos, contenida virtualmente en la pasión y muerte.

Podríamos decir que la alegría es la bienaventuranza de todas las bienaventuranzas: «Dichosos vosotros -dijo Jesús a sus discípulos- si os insultan, os persiguen y os calumnian de cualquier modo por causa mía. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos: fue así como persiguieron a los profetas que os han precedido» (Mateo 5, 11-12).

San Pablo entona un himno vibrante a la alegría que estalla en la Resurrección de Cristo.

«Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres.

¡Pero no! Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que duermen...

Si los muertos no resucitan, 'comamos y bebamos, que mañana moriremos'...

La muerte ha sido sorbida por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?... Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 15, 19-20.32.54-55.57).

La catequesis primitiva se basaba en la verdad histórica de la Resurrección.

Así como del grano de trigo, que cae en la tierra y se pudre, brota la espiga y el fruto, así también de la muerte «en Cristo» brotará la vida eternamente feliz (cfr. Juan 19, 24).

¡He aquí la gran paradoja!

¡Aquí está el «secreto» de la alegría exultante de los santos frente a la muerte!

Valga el ejemplo, entre otros, de la Doctora Mística Santa Teresa de Jesús:

«Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero...

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza.

Muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero...»

La vida (temporal) es una preparación a la muerte y la muerte es la puerta para entrar en la vida (eterna).

Podríamos distinguir tres términos afines: alegría, consolación y felicidad.

* La alegría es el amor que goza y descansa en un bien presente. Santo Tomás indica tres condiciones para la alegría: el amor, la posesión y la plenitud.

* La consolación presupone algún dolor; es la alegría en el dolor: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que podamos consolar nosotros a todos los atribulados con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios.

Porque así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así por Cristo abunda nuestra consolación» (2 Corintios 1, 3ss).

* La felicidad, más que un acto es un «estado» habitual de alegría: imperfecta siempre en esta vida; perfecta solamente en la otra, para los salvados.

Dichos términos afines, a su vez, hay que considerarlos en tres niveles distintos: naturaleza y gracia (en esta vida) y gloria (en la otra).

Así pues, la felicidad se refiere no sólo a la duración, sino también (y más todavía) a la «cualidad» de la alegría.

Las alegrías que provienen de los bienes materiales o sensibles no pueden «llenar» la sed de infinito que todo hombre, aun sin saberlo o negándolo, siente necesariamente en el fondo del corazón.

¡El hombre no es solamente materia!

La sola razón natural está en condiciones de demostrar la existencia del alma, substancia simple, inmaterial y espiritual (principio vital del cuerpo, con el cual constituye la persona humana).

No obstante, como bien dice San Agustín, «pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que deseamos, lo que quisiéramos concretamente. Desconocemos del todo esta realidad; incluso en aquellos momentos en que nos parece tocarla con la mano, no la alcanzamos realmente... lo único que sabemos es que no es esto. Sin embargo, en este no saber sabemos que esta realidad tiene que existir... No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta «verdadera vida» y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados» (Citado por Benedicto XVI en *Spe salvi*, nº 11).

De ahí la necesidad de la divina Revelación para conocer, sin temor al error, el último fin para el cual hemos sido creados (de la nada) por Dios, ese «algo» (¡que es todo!) que puede hacernos verdaderamente felices por toda la eternidad, con el auxilio de la gracia y la cooperación de nuestra libertad (psicológica y moral), que Dios nos

ha dado para obrar el bien, no el mal (libertad para pecar).

Por supuesto, al hablar del sentido «feliz» de la vida, nos estamos refiriendo a la felicidad sobrenatural, plena y eterna, la que Cristo nos mereció con su vida, muerte y resurrección.

Por eso canta la Iglesia: ¡Felices los que mueren «en el Señor»!

«¡Alegraos y regocijaos, porque grande será vuestra recompensa!» -exhorta Jesús a sus discípulos (Mateo 5, 12).

¿Qué recompensa?

«¡Entra en el gozo de tu Señor!» (Mateo 25, 21)

¿Qué más podría hacer el Padre por nosotros, sus hijos?!

«¡La alegría de Dios es vuestra fortaleza!» (Nehemías 8, 10)

San Agustín, que buscó apasionadamente la verdad hasta encontrarla, escribió un tratado monumental sobre el Misterio de los misterios: la Santísima Trinidad, «la patria y la senda de nuestra felicidad».

El «De Trinitate» es la expresión del drama terrible y fascinante de la búsqueda del Rostro beatificante de la Trinidad, que es, en definitiva, la única razón de nuestra existencia.

Pero para llegar a la Trinidad sólo hay un Camino: Jesucristo. «Nadie va al Padre sino por mí» (Juan 14, 6). Y para conocer, amar y seguir al Hijo te-



nemos que ser «movidos» por el Espíritu Santo.

San Agustín descubre en el alma humana (con sus tres potencias: memoria, inteligencia y voluntad) un reflejo de la Trinidad.

«¡Que te recuerde, te comprenda y te ame!» (XV, 28, 51)

«¡Este es, pues, nuestro gozo pleno, más grande que el cual no existe: disfrutar de Dios-Trinidad, a cuya imagen hemos sido hechos!» (I, 8, 18)

«¡Cuando lleguemos a tu presencia, cesarán estas muchas palabras que decimos sin entenderlas, y Tú permanecerás todo en todos, y entonces entonaremos sin fin un solo canto, alabándote a un tiempo, hechos uno todos en Ti!» (XV, 28, 51)

El corazón «musical» de San Agustín, su sensibilidad estética exquisita, su pasión insaciable por reducir todo a la Unidad-Trinitaria, a través de Jesucristo, Mediador y Redentor, es el «secreto» de la alegría contagiosa, que desborda en sus escritos de fuego y de luz...

¡La música litúrgica le arrebatava y le hacía salir de sí!

En su maravilloso Comentario a los Salmos nos habla del «Cántico Nuevo»:

«El hombre viejo canta cántico viejo; el hombre nuevo, cántico nuevo. El Viejo Testamento, cántico viejo; el Nuevo Testamento, cántico nuevo... Todo el que ama las cosas terrenas, canta cántico viejo. El que quiere cantar cántico nuevo ame las cosas eternas... El hombre envejeció por el pecado,

pero se renovó por la gracia. Todos los que se renuevan en Cristo con el fin de comenzar a pertenecer a la vida eterna cantan el cántico nuevo» (Comentario al Salmo 149).

¿Donde encontró San Agustín la felicidad?

Evidentemente: en la Iglesia, «la católica», como él la llamaba filial y cariñosamente. ¡Basta abrir los Evangelios!

Para los santos (reconocidos por la Iglesia) todos los días eran una «fiesta», aun (y precisamente) en medio de grandes tribulaciones y dolores de muerte.

Su amor a Dios y a los hombres se manifestaba en su buen humor, en su heroísmo, en su alegría al abrazar la Cruz, como a una esposa.

¡Es en la celebración litúrgica, sobre todo, donde la Santa Madre Iglesia desborda de alegría íntimamente unida a la liturgia del cielo.

El Concilio Vaticano II nos enseña que: «Nuestra unión con la Iglesia celestial se realiza en forma nobilísima, especialmente cuando en la sagrada liturgia, en la cual la virtud del Espíritu Santo obra sobre nosotros por los signos sacramentales, celebramos juntos, con fraterna alegría, la alabanza de la Divina Majestad, y todos los redimidos por la Sangre de Cristo de toda tribu, lengua, pueblo y nación (cfr. Apocalipsis 5, 9), congregados en una misma Iglesia, ensalzamos con un mismo cántico de alabanza a la grandeza de Dios Uno y Trino» (Lumen Gentium, nº 50).

Nuestro amadísimo Papa Benedicto ha denunciado con profundo dolor la trivialización de las acciones litúrgicas y celebraciones eucarísticas, en no pocos sectores de la Iglesia, a partir del Concilio y contra el espíritu y la letra del Concilio.

¡Cuántas celebraciones litúrgicas, convertidas en un «espectáculo» vulgar, indecoroso, bullanguero, indigno de la infinita Majestad de Dios! ¡Cuánto daño (incluso escándalo), sufren los fieles, amargados, confundidos e indefensos! ¡Músicas y cantos «ideales» para un festival o un carnaval!

¡Las Iglesias de Oriente nos dan ejemplo por el esplendor, el recogimiento y el sentido profundo de lo divino!

La alegría nos es muy necesaria para no desanimarnos ni ser presa del miedo, ni perder la confianza, ni caer en la depresión y tristeza frente a tantos obstáculos, tribulaciones, soledades, enfermedades, desilusiones, caídas y claudicaciones...

Jamás hemos de olvidar que vivimos en un destierro y valle de lágrimas (como cantamos o rezamos en La Salve a la Santísima Virgen).

Esperamos con fe y alegría la vuelta del Hijo de Dios al final de los tiempos.

Mientras tanto «la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes. La persecución que acompaña a su pere-

grinación sobre la tierra develará el «Misterio de iniquidad» bajo la forma de una impostura religiosa, que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad.

La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, de un pseudo-mesianismo, en que el hombre se glorifica a sí mismo, colocándose en lugar de Dios y de Su Mesías venido en la carne» (Catecismo de la Iglesia Católica, nº 675).

«La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección (cfr. Apocalipsis 19, 1-9). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cfr. Apocalipsis 13, 8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cfr. Apocalipsis 20, 7-10) que hará descender desde el Cielo a su Esposa (cfr. Apocalipsis 21, 2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (cfr. Apocalipsis 20, 12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cfr. 2 P 3, 12-13)» (Catecismo de la Iglesia Católica, nº 677).

¡Cristianos! ¡¿Qué habéis hecho de la alegría que os dieron hace 2.000 años?!

R.P. JOSÉ LUIS TORRES-PARDO CR



Apostolado

Ejercicios Espirituales predicados desde diciembre de 2007 a abril de 2008:

Del 6 al 9 de diciembre	en Roldán, 22 ejercitantes (legionarias).
Del 14 al 16 de diciembre	en Roldán, 16 ejercitantes (mujeres).
Del 14 al 16 de diciembre	en San Luis, 35 ejercitantes (mujeres).
Del 20 al 23 de diciembre	en Roldán, 17 ejercitantes (hombres).
Del 27 al 30 de diciembre	en San Luis, 15 ejercitantes (hombres).
Del 28 al 30 de diciembre	en San Miguel, 26 ejercitantes (hombres).
Del 5 al 10 de febrero	en Roldán, 25 ejercitantes (hombres).
Del 12 al 17 de febrero	en Roldán, 52 ejercitantes (mujeres).
Del 15 al 17 de febrero	en Bahía Blanca, 34 ejercitantes (mujeres).
Del 18 al 22 de febrero	en Roldán, 1 ejercitante (sacerdote).
Del 22 al 24 de febrero	en Bahía Blanca, 9 ejercitantes (hombres).
Del 29/2 al 2 de marzo	en Junín, 6 ejercitantes (mujeres).
Del 7 al 9 de marzo	en Junín, 8 ejercitantes (hombres).
Del 10 al 12 de marzo	en Junín, Hogar de ancianos.
Del 18 al 22 de marzo	en Luis Guillón, 28 ejercitantes (hombres).
Del 19 al 22 de marzo	en Santa Rosa (La Pampa), 18 ejerc. (hombres).
Del 27 al 30 de marzo	en Roldán, 19 ejercitantes (legionarias).
Del 7 al 12 de abril	en Roldán, 1 ejercitante (sacerdote).
Del 11 al 13 de abril	en San Luis, 45 ejercitantes (mujeres).
Del 18 al 20 de abril	en Roldán, 26 ejercitantes (matrimonios).
Del 18 al 20 de abril	en Luis Guillón, 36 ejercitantes (mujeres).

Otros ministerios

Además de los usuales retiros del primer domingo de cada mes en Buenos Aires, y de los segundos domingos en Roldán, los Padres del Instituto predicaron los siguientes «Retiros de Perseverancia»:

15 de diciembre	en Córdoba (capilla de las Hermanas Adoratrices).
15 de diciembre	en Bahía Blanca (capilla de las «Siervas de Jesús»).
15 de diciembre	en Necochea, Pcia. de Bs. As. (Hogar «García Landera»).
16 de diciembre	en Mar del Plata (Capilla «Divino Maestro»).
16 de diciembre	en Santa Clara del Mar, Pcia. de Bs. As. (Pquia. «Santa Clara»).
16 de diciembre	en Junín (Hogar «San José»).
9 de febrero	en Córdoba (Cripta de Pquia. «María Auxiliadora»).
1 de marzo	en San Luis (Capilla del Ssmo., Iglesia Catedral).
2 de marzo	en Merlo (Santuario «Medalla Milagrosa»).
8 de marzo	en Necochea (Hogar «García Landera»).

9 de marzo	en Mar del Plata (Capilla «Divino Maestro»).
5 de abril	en Córdoba (Cripta de Pquia. «María Auxiliadora»).
6 de abril	en San Juan (Pquia. «Divino Salvador»).
19 de abril	en Vedia (Pquia. «Sagrado Corazón»).
20 de abril	en Junín (Hogar «San José»).
26 de abril	en Bahía Blanca (capilla de las «Siervas de Jesús»).
27 de abril	en Tornquist (colegio «Ntra. Señora de Luján»).
27 de abril	en Comodoro Rivadavia (convento «San José»).